

Más sobre las ideas de Saverio Merlino

EL prefacio de *Necesidad y base de una entente*, lo firma El grupo editor y se trata del programa socialista-anarquista-revolucionario; la dirección es: E. Malatesta.

«Creemos necesario salir de las fórmulas vagas y generales con que nos hemos contentado a menudo, y, en lugar de negar las dificultades que se presentan realmente para la transformación radical de la sociedad, hemos de afrontarlas y resolverlas en vista, no de un porvenir lejano, sino de las condiciones reales en que va a tener lugar la próxima revolución.

»Al profundizar así en los principios anarquistas y al discutir las cuestiones de organización y de táctica, hemos de tener en cuenta, sobre todo, la necesidad de poner término al aislamiento a que los anarquistas se han condenado en algunos países, a su distanciamiento de la masa popular y al increíble contraste de ideas, de sentimientos y de conducta que reina entre ellos.»

He ahí lo que Malatesta había escrito al fin de sus días y lo que ha debido sentir desde hace mucho tiempo, sobre todo a partir de las impresiones del Congreso de Londres, en 1881, en un folleto suyo inédito: *Organización y táctica*, que debía ser el segundo de la serie. En marzo de 1892 había aparecido *La conquista del pan*, de Kropotkin, colección de artículos publicados por él desde 1886. Con tales libros, hubo quien creyó poseer la solución final, o, al menos, una solución que satisfacía casi por completo, y los propagaba con asiduidad y convicción. Hubo otros que no veían en ellos más que una hipótesis personal de Kropotkin, sujeta a crítica y a modificaciones, donde se constataba el estado poco satisfactorio de las cosas, al igual que se hace en el *prefacio* anteriormente aludido.

Merlino constata la diversidad de las concepciones anarquistas y de las divergencias prácticas de entonces, considerando que el periodo en que dichas variedades y divergencias eran útiles — pues servían para educar los espíritus en la independencia y para mostrar todos los aspectos del problema — ha pasado. «Hoy nuestra tarea es distinta: la revolución se aproxima, los partidos socialistas autoritarios se han entregado definitivamente al Estado, y estamos llamados a obrar o a eclipsarnos. Elijamos: o llegamos a ser nosotros, los anarquistas, el alma de la revolución, o debemos resignarnos a ver el movimiento escamoteado por una nueva nube de políticos.»

Crée ver aproximarse tormentas revolucionarias, ve a los trabajadores perdiendo la confianza en los gobiernos y en los partidos, y ve las corrientes de oposición en los mismos partidos socialdemócratas (los

Unabhängige en Alemania, entonces, etc.). Todo eso exige de parte de los anarquistas que se entiendan entre sí.

Hablemos francamente... la anarquía ha sido empujada, desfigurada y hecha irreconocible.

«Una parte de nosotros se ha puesto a dogmatizar sobre el porvenir, liquidando las dificultades con fórmulas, mientras que otros se han dedicado a oscurecer el objetivo a alcanzar, bajo pretexto de no querer prejuzgar el porvenir; es decir, el alma misma, la esencia de la anarquía, que quiere decir *sociedad organizada sin autoridad*. Y, habiéndose reducido así a la acción individual, han elevado al rango de altas manifestaciones anarquistas, hechos que han sido cometidos siempre por reacción contra las injusticias sociales; pero que, no atacando las mismas injusticias, son incapaces de destruirlas. El ataque a la propiedad del vecino, por ejemplo, no constituye un ataque a la institución de la propiedad; lo mismo que la lucha contra el principio de autoridad (1). La acción individual, buena como propaganda cuando despierta las simpatías de las masas, es, al contrario, muy perjudicial cuando choca con sus sentimientos y cuando aparece inspirada por el interés individual.

«Además, no puede generalizarse... Si todos la hiciesen, sería la revolución; pero Merlino no cree posible eso... «sólo algunos individuos pueden obrar así, gracias a la situación excepcional en que se encuentran y a ciertas cualidades personales; y aun éstos no se rebelan todos los días, ni en todos los actos de su vida». En cuanto a la masa, no concibe más que la rebelión colectiva y, en este caso, considera que no es contra el pago de un impuesto o del alquiler por lo que se insurreccionará, sino por su emancipación completa.

No cito estos razonamientos como definitivos, sino solamente para mostrar que Merlino hizo una discusión leal; mientras que hubo, y hay quizá todavía, quienes tienen una idea exagerada de las persecuciones que hizo sufrir a los ilegalistas.

«Todo progreso se manifiesta, primero, en las condiciones y ambiente que le son más favorables y de ahí se extiende y puede generalizarse perfectamente; es más: la cosa no podría ocurrir de otro modo. La masa, son los hombres de vitalidad y de iniciativa menor, que no quieren correr riesgos y esperan; pues, a formar muchedumbre para actuar, quedando anónimos. Pero entonces no es una «emancipación completa» la que les ocupa, sino muy frecuentemente una cuestión mínima. Entre la minoría de fuerte vitalidad y la mayoría de vitalidad languidescente hay siempre una diferencia de desarrollo, puesto que hay diferencia en el ritmo de la vida entera.»

Merlino continúa: «Agreguemos que hay hechos — tales como el robo — que, cuando no son justificados por una gran necesidad, lejos de ser aprobados e imitados por las masas, aislan a quienes los cometen, rodeándoles de desconfianzas y de odios. En efecto, donde esa especie de acción ha prevalecido, los anarquistas se han encontrado separados de las masas, incapaces de intentar el menor movimiento (2)

(1) Esto se aplica a las luchas homéricas de los *intransigenti* contra Cipriani, que era, en algunos conceptos, un ídolo popular; desde luego era preciso demolerlo, pero la fórmula de llevarlo a cabo disminuyó las simpatías por los anarquistas, en lugar de reforzarlas.

(2) Pienso que esto son impresiones y crítica de los primeros de Mayo de 1890

y sus filas han sido invadidas por gentes que habrían estado mejor en su puesto: entre los burgueses y explotadores del obrero.

«El objetivo *inmediato* de los partidarios de la acción individual, como objetivo de sí misma, es el mejoramiento del individuo que la realiza. El objetivo *inmediato* de los socialistas estatales, son las reformas legislativas. Nuestro objetivo *inmediato propio* es la revolución social... De ahí la incompatibilidad entre las tres tendencias... «En verdad, estamos separados desde hace mucho tiempo de los reformistas; en cuanto a los partidarios de esta especie de acción individual de que hemos hablado, ha llegado el momento de romper completamente con ellos. Nada nos liga. Es evidente que, puesto que no admiten ni organización ni acción colectiva, nada tenemos que hacer juntos. Por otro lado, el género de propaganda que realizan es más bien hecho para restarnos las simpatías de las masas que para ganarlas. El pueblo, en su buen sentido, no comprende que se pueda llegar al socialismo, pasando por el *burguesismo* de la apropiación individual».

Esa determinación de ruptura es el pasaje tan incriminado. Sin embargo, la vida, en su variedad inagotable e imprevisible, debía mostrar bien pronto que esa proposición fué, aún, una ilusión, un error. Llegó en seguida ese período de 1892 a 1894 en que las acciones individuales en Francia se elevaron de un nivel sórdido, a un nivel de alta reivindicación de justicia social. Ravachol, un pequeño ilegalista de provincia, fué el que vengó las víctimas de Primero de Mayo de 1891 de Clichy; y su pérdida fué vengada por alguien que supo ultimar al que se vanagloriaba de haber hecho detener a Ravachol. Hubo Vaillant, Emile Henry, Caserio, acciones individuales ampliamente comprendidas, entonces, por todo el mundo. Si Pini hubiese estado en libertad, habría obrado como Ravachol, hallando otra expresión que el robo para su necesidad de acción. Los *Intransigenti*, que yo sepa, no se destacaron esos años; por entonces fabricaron esa multitud de hojas que insultaban a Malatesta, a Merlino, a Malato, etc. La ruptura con ellos era fácil y se producía por sí sola. Pero, entre los hombres de la revolución colectiva y los hombres de la acción individual del género descrito más arriba, la separación era manifestamente imposible. Entonces Merlino perseguía una ilusión. Sólo hay una separación verdadera entre los hombres: personas de algún valor auténtico, buena fe, bondad y sinceridad, y personas que no tienen esas cualidades y que son manifestamente de menor valía y poco interesantes. De estos últimos no hay nada que esperar en actividades avanzadas, y el buen trabajo se hará sin ellos. Reconocerles — es un asunto de la inteligencia y del buen sentido de cada uno, excusarles, cuidarles, ayudarles — es muy bueno, pero es un asunto de educadores, de médicos, de limosneros sociales, por decirlo así, pero no de los actores y de los militantes avanzados que tienen tanto trabajo ante ellos.

Merlino continúa: «Si en el terreno práctico sentimos la necesidad de separarnos claramente de los que, aun llamándose anarquistas y revolucionarios como nosotros, predicán o practican el aislamiento y el *cada uno para sí*, apenas es necesario decir que estamos, en la teoría y en la práctica, en los antipodas de los anarquistas individualistas, y... observaciones que se aplican a las ideas de B. R. Tacker, que profesan el establecimiento y garantía de la propiedad individual... Pero, justamente, en tanto que dure la propiedad individual habrá siempre algo del Estado... así la policía privada como en los Estados Unidos...

«Todo resto de propiedad lleva necesariamente un resto de gobierno, y, recíprocamente, el menor vestigio de gobierno dará lugar a explotaciones, a usurpaciones, por tanto a la reconstitución de la propiedad individual.»

Esta crítica, muy justa, no se aplica al mutualismo voluntario basado en pactos, que podría convenir a alguno y que ni comunistas ni colectivistas sabrían obstruir; pero es un detalle.

Lo que sigue en el folleto fué reimpreso en *Le Réveil*, en 1917, donde se agregó la observación — escrita sin duda por Berton —: «Estas páginas de Merlino datan de 1892, pero conservan aún todo su valor después de un cuarto de siglo. Es verdad que a las antiguas experiencias se han agregado otras nuevas más dolorosas todavía; por lo mismo no podemos contentarnos solamente con recriminarlo. Por una parte la organización sindical ha degenerado hasta el punto que es permitido preguntarse si no queda más que combatirla ahora, cesando de encarar toda posibilidad de infiltrarla un espíritu de rebelión y de renovación; por otra parte, los llamados filósofos, tan pretensiosos como nulos, que se reclaman de un anarquismo tanto más elevado cuanto que no obliga a nada y deja libre para cometer las peores torpezas, no han desaparecido de nuestros medios.» (Ojeada crítica publicada el 25 de noviembre de 1917 en un período de los más sombríos. Después se ha pasado por el espectáculo del bolchevismo, las desilusiones revolucionarias de los años 1918 a 1921, el advenimiento de los fascismos, y se está en el fondo de una crisis económica mundial y de un malestar y disgusto universal...)

Merlino combate las concepciones fatalistas: «...Autor o instrumento, el hombre es siempre el agente, el actor principal de las transformaciones sociales... El individuo no puede mucho, pero las masas lo pueden todo... que se unan fuerzas y que se consagren a ello»... Insiste mucho sobre la abnegación, el sacrificio necesarios, esencialmente en las luchas, en las revoluciones y que no tienen por base, como algunos dicen, el egoísmo, el interés personal... «Además, a fuerza de filosofar sobre el egoísmo, se vuelve uno egoísta. Ahora bien, sin hombres que se sacrifiquen no se hace la revolución; no se hace siquiera una huelga.»

En este orden de ideas, en un artículo de *La Débâcle* (Bruselas, 1893) «Questions intimes», traducido en *El Productor* del 4 de mayo de 1893, un autor — evidentemente fué Merlino — hace observaciones suplementarias. *La moral anarquista* de Kropotkin, dice, ha combatido la teoría de que la abnegación, el sacrificio del individuo no serían más que un egoísmo refinado y enmascarado. Pero es preciso ir más lejos que Kropotkin «y negar absolutamente que los hombres obren para su satisfacción personal, etc.» Este artículo comienza por refutar la pretendida abundancia en productos acumulados... «La consecuencia será que en el momento de la revolución, algunos se creerán que basta tomar sin que urja la necesidad de ponerse inmediatamente a trabajar y a producir. Error fatal, porque pocos días serán menester para que se agoten las provisiones y nos halláramos bien pronto en presencia del hambre y de la reacción. Otra consecuencia perjudicial, producto del error en cuestión, es la creencia... que en la sociedad futura bastará un trabajo de muy corta duración: una hora, dicen algunos; veinticinco minutos, opinan otros...

En el folleto, Merlino discute los principios de la revolución, to-

mando por base el capítulo de *¿Socialismo o monopolismo?* (1887), del que he dado largos extractos: «...Es un punto que no se ha discutido todavía bastante, porque se tenía el optimismo de creer que todo se arreglaría del mejor modo desde que se iniciase la revolución y que, obrando cada cual a su modo, sin la menor consideración hacia los otros, la sociedad se hallaría, sin embargo, un buen día, organizada sobre la base de la más perfecta justicia, de la más completa igualdad. Eso es una utopía, una peligrosa utopía... No hay que esperar semejante transformación milagrosa de la naturaleza humana; esa transformación se efectuará después, más o menos lentamente, por el efecto de las nuevas condiciones de existencia; suponerla instantánea, contemporánea a la revolución, es poner el efecto antes de la causa.»

«Uno de los más graves peligros de la revolución lo constituye la tendencia adquirida por los hombres a imponer su voluntad, sus opiniones, de grado o por fuerza. La violencia, aunque sea puesta al servicio de un objetivo loable, engendra en los unos el hábito de mandar, en los otros la disposición a obedecer. Cuando eso ocurre, la revolución está perdida»... «La violencia, al comienzo de la revolución, contra los enemigos abiertos y secretos, será muy necesaria; por eso, importa, al menos, orientarnos bien, detenerse y corregirse a tiempo...»

«Los obreros rebeldes no tienen que pedir a nadie el permiso para posesionarse de las fábricas, de los talleres, de los almacenes, de las viviendas y para instalarse en ellas. Sólo que eso no es más que un comienzo, un preliminar; si cada grupo de obreros que se ha apoderado de una parte del capital o de la riqueza quisiera permanecer dueño absoluto de ella, con exclusión de los otros; si un grupo quisiera vivir de la riqueza acaparada y rehusase trabajar y asociarse con los otros para la organización del trabajo, se tendría, con otros nombres y en beneficio de otras personas, la continuación del régimen actual. La toma de posesión primitiva no puede, pues, menos de ser provisoria: la riqueza no será realmente comunizada más que cuando todo el mundo se ponga a trabajar, cuando la producción haya sido organizada en el interés común...»

Entre las dos grandes corrientes de arreglos económicos, Merlino hace una selección juiciosa e independiente, diciendo: «...Sí, es verdad, el puro y riguroso *colectivismo*, no es posible, porque falta la medida del trabajo individual y de la nulidad relativa de cada cosa. El *comunismo* riguroso y absoluto no es aplicable inmediatamente, porque carece también de la medida de las necesidades y de las fuerzas individuales; y por otra parte, no habría en el comunismo anarquista ninguna autoridad encargada de repartir el trabajo, según las fuerzas y los productos y los beneficios, según las necesidades. Sería preciso, pues, para que las cosas marchen bien, que voluntariamente cada individuo trabaje todo lo que pueda y consuma en una justa medida, teniendo en cuenta las necesidades de sus semejantes; lo que ocurrirá, sin duda, después, pero no al comienzo de la revolución.»

Aquí sigue una refutación de la abundancia de las acumulaciones. «No hay, pues, que contar con la abundancia de las provisiones existentes, no hay que creer que no tendremos más que invadir los almacenes y consumir alegremente su contenido durante semanas o meses. Estallada la revolución, nuestra primera preocupación debe ser la producción: antes mismo de batirse, es preciso existir...»

«Debemos, pues, renunciar a la ilusión de creer que el hombre, en

el porvenir, no trabajará más que algunas horas o algunos minutos y pasaría el resto del tiempo en el *far niente*, aburriéndose hasta morir.»

«El trabajo es la vida y también el lazo que une a los hombres en la sociedad. Es preciso que haya *solidaridad en el trabajo*, para que la sociedad marche bien.»

«Ahora bien: la solidaridad no puede ser decretada por una ley, aunque pueda ser impuesta por la opinión pública; es preciso, sin embargo, que la opinión esté al unísono con el sentimiento individual. El comunismo no podrá, pues, ser establecido más que allí donde los hombres no estén inclinados a abusar de la solidaridad.»

«Por otra parte, la solidaridad será limitada al principio a un cierto número de asociaciones o de localidades, no se extenderá probablemente de un país a otro, no será universal. Entre las regiones habrá, al comienzo, simples relaciones de reciprocidad, de ayuda ocasional, etc., La evolución social seguirá a la del sentimiento individual.»

Estas simples palabras que «la evolución social seguirá a la del sentimiento individual» me parecen reducir a nada esos sueños de comunismo inmediato, y admiro cada vez más la prudencia de esos anarquistas comunistas italianos de espíritu crítico, deplorando las décadas de años y las generaciones pasadas, en una aceptación placida del comunismo del país de Jauja, que nos esperaría al umbral de la revolución.

Merlino resume: «En lo concerniente a nuestras ideas, podemos establecer la *toma de posesión*, como el hecho revolucionario por excelencia; los *libres pactos* contraídos por los trabajadores asociados, como la base de la futura organización del trabajo; la *federación de las asociaciones* más o menos extensa, como coronamiento del edificio. El comunismo, el colectivismo y otros sistemas, pueden ser todavía ensayados, tal vez mezclados; y mientras que se los experimente, los hombres se habitarán poco a poco a vivir juntos, a trabajar los unos para los otros y a disfrutar de la dicha que produzcan a su alrededor. La necesidad de ayuda recíproca, el desenvolvimiento del maquinismo, el acrecentamiento de la producción y, sobre todo, la educación de los hombres en la solidaridad, llevarán la humanidad al comunismo que se conviene generalmente en considerar como el término final, visible, de la revolución, porque es la más alta expresión de la solidaridad humana.»

Después de haber discutido los numerosos problemas que se presentarán, el autor dice todavía: «No se caerá de lleno en un sistema perfecto. Ninguna inspiración celeste, sino la experiencia y la entente dirán al individuo y a las asociaciones el trabajo de que la sociedad tendrá necesidad en un momento dado...»

Hacia el fin, Merlino discute el papel de los anarquistas en su agitación entre el pueblo. Da mucha importancia a los *sin-trabajo*, pensando que: «es de ahí de donde vendrá el asalto final a la sociedad burguesa; es de esa ínfima capa social de donde partirá el ímpetu revolucionario». Este pensamiento no carece de interés a la luz de la experiencia *presente*, en que los *sin-trabajo* se han vuelto ya, casi en todas partes, una institución que se duda en ver desaparecer y que va aumentando por la crisis *mundial*; de esa manera presiona una carga cada vez más insoportable sobre el número en disminución de los trabajadores que laboran y que deben producir para *todos*: burgueses, funcionarios y *sin-trabajo*; y que pesa igualmente sobre el número en aumento

de los *sin-trabajo*, reducidos a arrastrar sus años en una miseria y monotonía sombrías y enervantes. Así los trabajadores deslomados por el exceso de trabajo para todos, los *sin-trabajo* deprimidos por la miseria paralizadora, es, verdaderamente, según la locución inglesa, «encender la vela por ambos extremos», crear una situación imposible generadora de explosiones de cólera que harán derrumbar el sistema ya en quiebra.

Merlino termina: «...Es preciso obrar. Es preciso combatir en las filas del pueblo. Es preciso mostrar nuestros principios en acción. Es preciso probar al mundo que la anarquía no es una concepción abstracta, un sueño científico o una visión lejana, sino que es un principio vital y viviente, destinado a renovar el mundo, asentándolo sobre las bases imperecederas del bienestar y de la fraternidad humanas.»

¿Qué hay de malo en todo eso? ¿Es cosa vieja? Siendo como es, viviente y de toda actualidad, puesto que, por desgracia, todo lo que Merlino censuraba en los movimientos de entonces (1892), nos rodea todavía hoy, quiérase o no. No pienso en esa cuestión del «robo», que es muy pequeña en realidad. La sociedad ha sido asaltada en todos los tiempos por lo que puede llamarse la criminalidad profesional y no se encuentra mal del todo; tiene algunos gastos falsos al respecto: policía, seguros contra el robo, etc.; pero los trabajadores que producen lo pagan todo, y poco importa si tal dinero está en un bolsillo o está en otro. Para quebrantar la propiedad, hace falta más que eso y se lleva a cabo desde hace mucho tiempo por todos los movimientos agrarios y de obreros industriales que carcomen la seguridad de los propietarios, reducen sus beneficios y contribuyen a llevar irremisiblemente todo el sistema de propiedad individual a un callejón de donde no saldrá más.

No pienso únicamente — sino también en otras muchas cosas — en esa superstición de la superioridad inmediata del comunismo y el desprecio de los otros matices económicos en hipótesis, que hemos concebido hace tanto tiempo, en las ilusiones sobre la abundancia, en el espanto ante alguna contaminación de nuestras almas inmaculadas si hacemos algún trabajo un poco *organizado*, etc. Y es verdad — y lo deploro — que hombres, como Merlino, del cual destaco con placer estos pensamientos clarividentes, no los han pronunciado con suficiente frecuencia y bastante alto para que repercutieran más fuerte que las voces de la rutina. Yo no sabía nada entonces, fascinado todavía por las soluciones plausibles del comunismo libertario optimista; me he formado mi crítica sólo algunos años más tarde, cuando Merlino se retiró ya del ambiente anarquista.

Lo vi algunas veces en 1892 y 1893 en conversaciones largas, paseándonos en las salas del British Museum, pero no hemos tocado el asunto presente. Tuvo la idea de proponerme al comienzo de 1893 que reuniera una lista de la literatura anarquista en idiomas diversos y le transmití un largo manuscrito, que prestó a Malatesta y que pereció entonces en el incendio que destruyó sus papeles en su habitación. Eliseo Reclus ha debido saber eso y a iniciativa suya compuso entonces en 1896 la *Bibliographie de l'Anarchie*, el libro publicado en 1897 en Bruselas. Nadie conoce sus defectos como yo, pero es un cuadro que me parece útil todavía hoy para renovar mi memoria y precisar de talles.

Merlino dirigió una carta a la Conferencia internacional anarquista celebrada en Chicago en septiembre de 1893, que no puedo indicar dónde fue publicada, pero que, en una forma ampliada, constituye el artículo *«L'individualisme dans l'anarchisme»* en *La Société Nouvelle* (Bruselas), noviembre de 1893, págs. 567-568; en folleto italiano *L'individualismo nell'anarchismo*. Con prefacio de Giovanni Domanico (Roma, Tipografía sociale del «Asino», 1895, 59 págs. en 16.º).

La crítica de *La Conquista del Pan* en el artículo publicado en noviembre en la revista belga, debería haber suscitado una discusión cerrada con el mismo Kropotkin, el cual declaró que daría su respuesta explicando toda una serie de opiniones antagónicas, en el curso de una serie de artículos que formaría quizá un libro; comenzados efectivamente en *La Révolte* en 1894, pero interrumpidos por la situación creada a este periódico, que cesó su publicación poco más tarde. Una declaración de Merlino en esa controversia en la *La Révolte* del 30 de diciembre, fue, creo, su última palabra antes de su arresto el 30 de enero: declara en ella que no cree que después de la revolución la producción y el consumo podrán organizarse según el «Haz lo que quieras» y la «Toma del montón», sino que hará falta un plan, pactos libres, arreglos equitativos, durables. No hay que confundir esta posición con la de los anarquistas que 30 ó 40 años después volvieron a ser autoritarios, los *plataformistas* y demás ejemplares de la especie. Se sabe en qué grado ha repudiado Malatesta, hasta su último suspiro esas degeneraciones; repudió igualmente a los amorfistas. No ponía más que una sola condición para la cooperación anarquista libre: la fidelidad a los compromisos voluntariamente adquiridos, y la rescisión en condiciones equitativas. En el fondo, Kropotkin, propuso el pacto como Malatesta y Merlino, y lo ha esbozado así algunas veces en sus escritos. Pero tuvo la debilidad de no declinar las exageraciones económicas de los amorfistas, aunque les predicó la «moral anarquista» que repudiaban lógicamente como repudiaban todo lazo económico y político. Una fatalidad ha impedido que en 1894 Merlino y Malatesta hayan tenido una explicación clara con Kropotkin sobre esos tres factores básicos de nuevas relaciones sociales: la autoridad, la arbitrariedad y el azar, y el pacto libre.

Es su última palabra, que yo conozca al menos, antes de su partida para Italia y su arresto el 30 de enero de 1894. Hace una crítica de B. R. Tucker tanto como de Kropotkin, es decir de *La Conquista del Pan*. Se debería reimprimir ese ensayo, para comprender el conjunto de ese anarquismo italiano crítico de entonces; una crítica que, respecto de Malatesta, es más antigua ya y que, en Merlino, he tratado de mostrar hacia 1887, 1892 y 1893 (artículo de *La Débâcle*).

Aquí se encontraría el todo reunido y conclusión: «Es tiempo de apartarse de esas desviaciones. Hay que cesar de ser una secta de utopistas o una academia de doctrinarios y hay que volver a ser un partido militante.»

No es, en manera alguna, una crítica frívola, sino algo que salía inevitablemente de la enorme diferencia existente entre los movimientos italianos y franceses de entonces, desde 1880 y 1894 en adelante, y de hoy. Se trata de esto, en mi opinión. En el fondo, desde la terrible derrota de 1871, no hubo ya verdadera esperanza de revolución en Francia. Hasta el movimiento anarquista en esa situación, desde sus orígenes hasta 1880, estaba seguro de no poder hacer nada; no procu-

raba organizarse seriamente, y concentraba su fuerza y la propaganda, en pequeños grupos: desmenuzada, muy autónoma y de acción individual variadísima. Eran conscientes de su impotencia, pero no sólo fue debilidad de los anarquistas: también el sindicalismo — por ruidoso que fuese durante algunos años — se sentía impotente, el blanquismo fundido gradualmente, los dictatoriales del género de Boulanger, el nacionalismo, el realismo; en fin, ninguno hizo una sola jornada revolucionaria en casi cincuenta años. De ahí que, el anarquismo apolítico — individualizado o sumergido en la masa sindicada — de la tribuna, del periódico, del grupo, se evaporase por mil ventanales, incapaz de una acción, puesto que no había acción.

En Italia, el anarquismo militante de las insurrecciones, al menos proyectadas, de 1874, de la banda de 1877, de tantos otros planes concebidos, preparados, fracasados o renovados, estuvo impregnado de la voluntad y del espíritu de las insurrecciones nacionales que implicaban las guerras nacionales. De igual modo el republicanismo, el socialismo de los romañolos, hasta la semana roja de junio del 1914, en todas partes había esperanzas, proyectos, algunos cuadros, y la confianza de que algún día se triunfaría. Sólo el marxismo, esa cataplasma doctrinaria que cierra los poros de los organismos vivientes, hizo declinar ese bello ímpetu y contribuyó, con tantos otros factores, a desviar las posibilidades de un gran cambio en la más triste de las aberraciones: el fascismo. Pero, el *hecho mismo* de que el fascismo lograra tan completamente hacerse dueño tanto del Estado como de la sociedad burguesa y obrera, muestra que el hecho *hubiera sido posible también a fuerzas revolucionarias*, al menos había posibilidades; mientras que, en Francia, donde nada se ha movido desde mayo de 1871, ni el socialismo, ni la anarquía, habrían podido crear acciones revolucionarias.

De ahí que los esfuerzos se hayan gastado en direcciones diferentes y ni uno ni otro método puedan reclamar una superioridad; los dos dependen en el más alto grado del ambiente que les rodea. Introducir el método francés en Italia, como hicieron los anarquistas disidentes de Malatesta y de Merlino, fue un error de juicio; y, cuando, en su crítica del Primero de Mayo de 1890 en París, Malatesta aconsejó hacer de un barrio popular de París un foco de revolución inexpugnable y batirse allí, o cuando Kropotkin creía hacia 1880 y algún tiempo después que la Comuna sería renovada pronto y en muchas ciudades francesas, expresaron ambos igual juicio erróneo. Desde luego, fueron consejos dados cortésmente, mientras que las críticas contra Malatesta, Merlino y sus camaradas fueron hechas, entonces y siempre, con una falta de consideración de las más groseras (1). No sé en qué momento Merlino, se sintió harto y decidió cesar en su militancia. Su crítica era sazónada, como muestra *El individualismo en el anarquismo*. Y su deseo de tomar parte en el movimiento continuaba, o de lo contrario no se habría ido a Nápoles. Los recuerdos de los militantes de aquella época, llenarán la laguna existente en estas breves notas biográficas: ¿Cuándo ha partido para Italia, y cuáles han sido las circunstancias que le han determinado a cesar de militar como anarquista? ¿Cuándo se produjo este cese de actividad?

(1) Había habido discordancias hasta donde no se habría esperado: en la respuesta dada a la carta de Malatesta y Merlino (Londres, 10 de septiembre 1893) con motivo de los italianos maltratados en Aigues-Mortes, publicada en la *Revue Anarchiste*, de París, núm. 3, 15 septiembre 1893.